



PREMIO NACIONAL DE PERIODISMO SIMÓN BOLÍVAR

39ª VERSIÓN - 2014

DISCURSO INVITADO ESPECIAL 2014 RAMÓN ANDRÉS

Buenas tardes, señoras, señores. Créanme, es un honor poder presentar un premio de tanto prestigio e interés como el que hoy nos convoca. Mi gratitud, pues, al Grupo Bolívar, y el agradecimiento también, por qué no decirlo, a Colombia. Mi propuesta contenida en estas palabras, mi intención, si me lo permiten, es enfatizar el valor del pensamiento, la potencia del pensar, más allá de si éste se cumple en una página filosófica, en un ensayo o en un artículo periodístico de fondo. Porque pensar es desocultar algo; es decir, revelarlo, mostrarlo. De manera que podría llegar a afirmarse que la función del pensamiento es, no únicamente entender, sino también transmitir lo observado, difundirlo, hacer de ello un activo que venga a contrarrestar el desvanecimiento de un mundo que muchos quieren presentarlo como crepuscular. Hoy se habla de una Era «postcristiana», de una Era «posthumanista», «post-atómica», incluso «post-política», y demás rótulos colosales, una Era habitada por el *homo technicus*, que Giorgio Agamben ha definido tan nítidamente en un libro titulado *Lo abierto*. Sin embargo, bien lo sabemos, el ser humano, y, por lo tanto, el mundo, siempre es el mismo, aunque no en el sentido que le confirió Hegel, de quien puede decirse que -si me permiten la expresión- pretendió «decretarlo». Decretar el mundo es, por lo tanto, decretar la realidad. Pero la invariable condición humana, ya no juzgo si para bien o para mal, es la que se encarga de mantener el mundo tal cual es, materia asombrosa, flujo y reflujo, contradicción, espejismo, incertidumbre. Un juego especular.

Si hablamos de la verosimilitud de este supuesto declive de la edad contemporánea es preciso recordar un importante matiz que el autor de *Ser y tiempo* introdujo en el momento de analizar el ocaso de Occidente. Inspirándose en un escrito de Nietzsche,

quiso distinguir entre el verdadero significado de los términos de «destrucción» y «desertización»: este último –avisa– es mucho peor y más aniquilador que la destrucción, que «solamente» elimina lo construido. En cambio, la desertización impide el crecimiento y, lo que es capital, «imposibilita toda construcción». Por ello, podemos afirmar, aplicándolo a este discurso, la importancia de poder sopesar, legitimar, valorar, esto es, pensar cómo detener este proceso de desertización que los intereses, las ambiciones y un erróneo sentido de la autoridad están alentando y dándole caudal. De ahí, también, la necesidad de pensar el mundo, que significa, en el fondo, pensar *para* el mundo. ¿No es esta una de las funciones, también, del periodismo? ¿No lo es de la filosofía, del ensayo? ¿Acaso la música de Helmut Lachenmann o Gérard Grisey no representa una puesta al día de estas inquietudes? ¿No lo es la pintura de Gerhard Richter o la escultura de Jorge Oteiza, y no menos las imágenes fotográficas de Roni Horn? ¿Qué es la obra de Sebald si no poner en jaque el desprecio con que los fanáticos cuentan los avances de la civilización según los réditos que les produce?

Aún a riesgo de caer en lo personal, cosa que, les aseguro, no es de mi agrado, no quisiera perder la oportunidad de comentarles esta tarde un viaje que hace algunos años emprendí a un diminuto lugar, muy cerca de Bergerac, en la Aquitania francesa. Allí, entre viñedos y caminos arbolados, casi siempre de fresnos, se levanta un castillo del que no puede decirse que lo adorne la suntuosidad, cuyo patio guarda un blasón que lo preside todo. En él destaca, por su tamaño, la inicial «M»: «M» de Montaigne. Lo que llama la atención no es la edificación en sí, de piedra blanca y buena proporción, sino una torre un poco alejada y solitaria, de paredes irregulares y un tanto desconchadas, donde vivía apartado de todo, pero atento al afuera, el señor Michel de Eyquem, es decir, Michel de Montaigne. El pueblecito apenas tiene una docena de casas que siguen el trazo de una carretera estrecha y mal asfaltada. Es St. Michel de Montaigne. Impresiona pensar que en aquella segunda planta del torreón nació el ensayo, el ensayo tal como lo entendemos hoy, es decir, el fruto de una interpretación, una reflexión y análisis sobre un asunto de interés común. Un pensamiento crítico bien estructurado, reglado para la especulación de nuestros aconteceres y destinado al bien de las gentes: es decir, encaminado a entender las cosas que nos afectan a todos.

Cuando se entra en aquel espacio circular de no más de 30 m² –la biblioteca estaba, por lo tanto, dispuesta en círculo y albergaba unos quinientos tomos— se siente un no sé qué de extraño, una sensación epifánica, la certidumbre de que allí nació algo de lo que somos hoy, la presencia todavía latente de alguien que efectuó con el mayor de los esfuerzos una puesta al día de la memoria, de la cultura, y las transformó en presente. Con aquellos *Ensayos* dio una vuelta de tuerca al pensamiento occidental. De manera que Montaigne, a su manera, empezó a poner coto a la desertización de la que hemos hablado, porque tener un pensamiento crítico, analizar y transmitir, es obrar a favor de la siembra.

Si reparamos en la etimología de la palabra «ensayo», comprobaremos que viene de *exagium*, pero, lo que es importante, este término deriva a su vez de *exigere*, que significaba, en su primer sentido, «mover algo, empujarlo» para conducirlo a buen fin; pero con el devenir del tiempo el vocablo adquirió también la acepción de sopesar, de valorar una idea, una opinión. Si comentamos todo esto es porque la cultura se revela como la consecuencia de la acción de sopesar y calibrar, y, también, porque significa una toma de posición, una forma de interpelar el desorden y afrontarlo con valentía intelectual. Discurrir, escribir, no pueden, no deben conocer la inhibición, como bien saben las personas aquí presentes que se dedican a la escritura, en cualquiera de sus vertientes. Ciertamente, contar aquello de lo que se es testigo requiere de un pulso duro y fatigoso, un reto moral.

Una de las cuestiones de fondo de ese pulso es la pugna entre la objetividad y la subjetividad, una liza que se ha vuelto sumamente compleja, ardua, porque las ideologías, con énfasis a partir del siglo XIX, se han detenido a elaborar cuidadosamente e inducir, en cada uno de nosotros, una visión exclusivamente autorreferencial de los hechos. Esto no sería posible sin la construcción de un limitado y rígido Yo, a través del cual pasa toda la interpretación de cuanto sucede alrededor, olvidando con ello el verdadero acontecer de los hechos y, lo que es peor, a no tener en cuenta al otro, a «lo otro»; porque prescindir de lo que es exterior, obviar al semejante, supone, como muy bien observó el filósofo de la alteridad, Emmanuel Lévinas, un cautiverio, un confinamiento hacia uno mismo.

Al fin y al cabo, cuando se entra en la torre de Montaigne y, casi inconscientemente, se levanta la vista para descubrir la techumbre de aquella guarida del pensar y el observar, se percibe con tanto asombro como curiosidad una estructura de vigas marcadas con unas inscripciones que el propio escritor, subido a una escalera, labraba con un buril, que después, pacientemente, como quien adorna el saber, pintaba con tinta negra: máximas, versículos, aforismos, frases, versos. En aquel orden circular se distinguen 46 vigas cortas que confluyen en dos largos maderos emplazados en paralelo: en todos esos soportes de flexión pueden leerse las sentencias del Eclesiastés, los dictados de los Corintios, las sombras yámbicas de Sófocles, las lapidarias voces de sus venerados Lucrecio y Sexto Empírico, también de Estobeo, Plinio, Epicteto y tantos otros, sin olvidar, por supuesto, a uno de los más queridos maestros de Montaigne, que fue Plutarco, cuyos *Moralia* muy posiblemente inspiraron los *Ensayos*. Y este universo de madera y sentencias viene a revelarnos que somos una herencia, humana e intelectual, y que la recepción de esta riqueza, si de algo sirve, es precisamente para, a su vez, legarla. Hacer de transmisor, contar, propagar, nos lleva de nuevo a referir ese desocultamiento del que hablábamos al principio. Desocultamiento significa, y en no pocas ocasiones, impugnar, decir la verdad. Los periodistas entenderán muy bien lo que estamos comentando ahora.

No ha existido humanista, escritor, poeta, filósofo que se precie que haya obrado exclusivamente para sí, aunque a veces pueda parecerlo por aquello de la desafortunada imagen de la torre de marfil, porque, en cualquier caso, y aunque sea en soledad, reflexionar y escribir supone «implicarse». Siempre. La aventura de dilucidar, de discernir y narrar es lo suficientemente seria como para creer que los demás no importan. No hay pensamiento sin comunidad, y cabe subrayarlo muy bien porque uno de los puntos cruciales de la filosofía, como tantas veces se ha afirmado, no es solamente la visión ontológica, ni la relación con la muerte y la trascendencia, es decir, con la región de la metafísica, sino nuestra vinculación al otro, a «lo otro», lo cual nos conduce a reflexionar sobre el lugar que ocupamos –el lugar que nos es dado– en lo que solemos llamar realidad. Es tan necesario preguntarse qué somos como formular dónde nos hallamos en cada momento de nosotros mismos y en relación con los demás. En el siglo XVII Pascal se preguntaba, mientras contemplaba la calle desde una ventana, dónde estamos en verdad, y por qué, aun sin movernos de un mismo sitio, nos perdemos.

Estas meditaciones quizá nos apoyen en la idea de que la escritura y el conocimiento de los hechos del mundo van de la mano, de modo que considerar estas cuestiones acaso nos facilite comprender el auténtico sentido de la palabra latina *notitia*, que deriva de «conocer» (*gnoscere*). Cuando Erasmo salió decepcionado de Roma y se hizo a los caminos que le llevarían a Inglaterra, tomó un estilete de plata para escribir *El Elogio de la locura*, o, si se quiere traducir mejor, *El Elogio de la estulticia*, la *Stultitia Laus*. Y lo hizo, por increíble que parezca, yendo a caballo, pensando en los desórdenes curiales de los que había sido testigo y en las mil caras que ahora, durante el viaje, asomaban a su paso. Eran los rostros de la condición humana. Si refiero la figura de Erasmo es porque, en el fondo, no estaba haciendo otra cosa en su escrito, terminado en apenas en una semana, que dar *notitia*, noticia de los desafueros, de los desmanes de poderosos y de las ruindades de los débiles, porque a todos afectan las sombras que encierra nuestra condición. Es una crónica de la fragilidad humana, que a veces, bien lo sabemos, se torna grotesca como en los cuadros de Brueghel.

El problema estriba en que en nuestros días, en lo que se llama modernidad, no a caballo, sino montados a lomos de las agencias, de las galopadas de internet y de ciertos intereses empresariales, de los que ya se quejaba acremente Jonathan Swift, la noticia se ha convertido en un producto, muchas veces ideologizado, y por lo tanto caduco. Estamos ante una paradoja: la noticia nace caduca. ¿Cómo es posible tal contradicción? Porque las ideologías nos hacen del pasado, son rémoras que nos apartan del Ser, nos alejan de lo esencial y menos manipulado que hay en nosotros, si es que todavía queda algo por talar. Las ideologías están en los suburbios de la mente. No se puede concebir el siglo XXI como se estableció a finales del XVIII. Ya no.

Imaginemos cuántas cosas han sucedido desde aquel *Acta diurna* que Julio César mandaba colocar y distribuir diariamente en el Foro romano, dando *noticia* de las

cuestiones políticas, de los acontecimientos públicos, incluso de las ventas importantes, de las muertes de personajes egregios y de los matrimonios contraídos entre los miembros de las principales familias. En los manuales de historia del periodismo suele considerarse siempre como el primer ejemplo de publicación periódica. Cuántos avatares desde entonces, cuántas idas y venidas, cuántas crónicas que han dado forma a la mentalidad de cada época. Revisar la prensa de los siglos pasados es contemplar desde un mirador privilegiado los modos de hacer, las maneras de razonar de cada época. Admira imaginar los desvelos de los antiguos en busca de materiales con los que plasmar sus testimonios y repartirlos por la ciudad, las travesías fatigosas en unos carruajes que transportaban paquetes de papel, resmas, que entonces llamaban mazos, las cuales no tenían más de veinticinco pliegos. El de Italia era un papel especialmente estimado, de ahí las largas esperas de los impresores en los puertos aguardando las naves que lo transportaban, de ahí las acaloradas subastas. Comoquiera que Mercurio era un mensajero, y lo era también de los viajeros y los oradores, Cervantes dirá en el *Viaje del Parnaso*:

Del gran Mercurio la cabal persona,
sobre seis resmas de papel sentada,
iba con cetro y con real corona.

Mercurio sobre unas resmas. Toda una metáfora. Ciertamente, se puso en marcha un mundo. Muchos artesanos se especializaron en la factura de moldes y tipos móviles; la madera de boj, el plomo, los crisoles, las oleosas tintas entraban en las imprentas para que las noticias se difundieran sin tregua. Es curioso recordar, por ejemplo, cómo ya en la Barcelona de 1640 los voluntariosos traductores cumplían su oficio hasta altas horas para verter rápidamente al castellano la *Gazzeta* que llegaba de Venecia; memorar a los pregoneros de Ámsterdam anunciando por las calles, en tiempos de Spinoza, la *Gazzette* con noticias de las Indias. En Zaragoza se fundó un periódico llamado con el altisonante nombre de *Mercurio veloz y verídico de los sucesos principales de Europa*. Era el año 1696. Mercurio, el dios de los tobillos alados, nos hace pensar inevitablemente en el *Mercure Galant*, que, si bien sabemos era una publicación literaria, no dejó de sazonarse con noticias y crónicas que despertaron el interés de los lectores de media Europa, que estaba a las puertas de la Revolución. Lo que se decía en el *Mercure* era casi un mandato, una verdad. Si reparamos que en sus páginas, con el tiempo, llegarían a colaborar autores como Chateaubriand, Jules Renard y Mallarmé, podremos hacernos una idea de la influencia que obtuvo. Y ¿qué decir de los periódicos que en Inglaterra tuvieron la suerte de contar con el mencionado Swift, Joseph Addison y Daniel Defoe?

En el pasado siglo las colaboraciones de Hannah Arendt en el *New York Times*, sobre todo los escritos relacionados con el caso de Eichmann, marcaron toda una época, del mismo modo que lo hicieron décadas después los artículos de maestros como Italo Calvino y Umberto Eco en Italia. En este sentido, pueden evocarse también de las intervenciones de Elias Canetti, que causaron furor en unas páginas periodísticas donde

la denuncia parecía un corolario de su obra *Fiesta bajo las bombas*, de título irónico. Por qué no mencionar ahora a Rafael Sánchez Ferlosio, que desde el periódico *El País* se alzó hace ya un tiempo como un lúcido y recto crítico a la hora de cuestionar la deriva de una democracia envilecida y autocomplaciente como es la española. Esto no hace más que ratificar la necesidad mutua desde la que cumplen su alianza el pensamiento y los medios de comunicación, aunque con frecuencia surjan las más que lógicas tensiones, porque la puesta en cuestión de los paradigmas, la cada vez más patente caducidad de las doctrinas, han dejado al descubierto los intereses económicos y políticos. Un pensamiento audaz debe negarse a transformar la información en espectáculo y a aceptar que la violencia se difunda —e incluso imponga— como algo natural. Por lo tanto, pensar debe de tomarse como sinónimo de obrar en contra de la propagación del miedo. Todo ello genera una distancia insalvable entre la mente que cuestiona y la actitud de aquel que obra en función de su codicia. Sin embargo, cuanto más se impugna a un pensador, más se le legitima. Pero es verdad que está en manos de la prensa, al menos como instrumento, la posibilidad de intervenir a gran escala y reducir el proceso de desertización mencionado, más allá de narrar, como si fuera un destino que pesa sobre nosotros, la destrucción y cuanto nos asola socialmente. Tanto es así, que ciertos pensadores empiezan a calificar esta demolición de los valores como Guerra Mundial Invisible, en la cual el individualismo y el dinero tienen sus propias estrategias de ataque y aniquilación.

No quisiera terminar estas palabras sin volver a recordar aquella estancia en St. Michel de Montaigne, sin evocar el paisaje sereno que puede contemplarse a través de una ventana de cristales emplomados, probablemente construida en el siglo XIX por un cristalero de Burdeos. Al hacerlo, y desde la lejanía, vuelve en su plenitud el sentido de ese *exagium* que hemos referido al principio, y su significado acerca de la acción de mover algo, de llevarlo a buen puerto, que es, en definitiva, de lo que se trata, sobre todo si tiene una dirección comunitaria. O, dicho de otro modo: pensar, autoexigirse, tomar de la manera más precisa el pulso de las cosas, supone un ejercicio de responsabilidad para el bien común. Con qué claridad lo explicó Hans Jonas. Responsabilidad, qué gran palabra. Cuando surge la necesidad de ayuda, las naturalezas se buscan recíprocamente, afirmaba el autor de los *Ensayos*. De modo que si hemos hablado de la herencia inscrita en aquellas vigas, tenemos, pues, que recogerla y propagarla, no dejar a los jóvenes sin nada. Porque, después de que el mundo contemporáneo haya fomentado el olvido hasta cotas insólitas, hoy, y como consecuencia de esta operación abyecta, la mayor parte de los jóvenes no encuentran nada: sólo se hallan a sí mismos. Por eso hablaba al inicio de ese condenatorio cerco de la autorreferencialidad, del aislamiento en que este mundo erróneamente llamado global ha sumido a cada uno de nosotros en un absoluto aislamiento. Quizá algún día, al bajar por la escalera de caracol de la torre de Montaigne, después de meditar sobre estas cosas, demos con la salida.